

Palabras del Gobernador del Banco de México, Agustín Carstens, al inaugurar el Foro “Estrategia México 2013” organizado por el Grupo Financiero Banorte.

27 de agosto de 2013

Muy buenas noches. Bienvenidos al Museo Interactivo de Economía, espléndido marco para la inauguración de este Foro convocado por el Grupo Financiero Banorte.

Deseo agradecer el gran honor que me han hecho Guillermo Ortiz, presidente del Grupo Financiero Banorte, así como el Director General del mismo grupo financiero, Alejandro Valenzuela, al invitarme a la inauguración los trabajos de este Foro “Estrategia México 2013”.

Es muy oportuna la realización de este foro porque, sin duda, México vive uno de esos momentos cruciales que se presentan en la vida de las naciones, durante los cuales la conjunción de diversos factores crea las condiciones propicias para provocar una transformación largamente anhelada. Por supuesto, el hecho de que las condiciones sean particularmente propicias no significa que el cambio se dará como una fatalidad, se requiere de talento, de esfuerzo y de una clara conciencia de que estamos frente a una oportunidad que, es lo más probable, será muy difícil que se repita en el futuro previsible.

En diversas ocasiones, y ya desde hace dos o tres años, me he permitido afirmar que las sólidas bases macroeconómicas que hemos logrado en México, tanto en el ámbito monetario como en el terreno fiscal y en el entorno de las instituciones y los mercados financieros, son una plataforma espléndida para que nuestro país crezca a tasas sensiblemente mayores, de forma sostenida y, con ello, logremos abatir los innegables rezagos que padecemos en materia de pobreza, de generación de empleos y de competitividad.

No ha sido poca cosa mantener y acrecentar estas condiciones de fortaleza macroeconómica en medio de la más profunda crisis económica global de los últimos 80 años.

Por supuesto, y de esto se ha hablado hasta el hartazgo, a partir de esa plataforma de estabilidad, una tarea esencial para lograr el salto cualitativo que requiere México en materia de productividad es realizar una nueva ronda de reformas estructurales, algunas de las cuales ya se han aprobado y están por instrumentarse mediante leyes secundarias y reglamentos y otras más, amplias y profundas, como la reforma energética, se han planteado y se debaten hoy mismo con intensidad.

Pero el aterrizaje de este impulso reformador no se limita a las normas secundarias y a los reglamentos, requiere que entremos a los detalles y al análisis tanto de lo que está sucediendo en la economía global, como de las oportunidades, ventajas y riesgos peculiares que el desafío del desarrollo económico global plantea a cada región.

Tenemos, por decirlo así, que traducir los grandes planteamientos de las reformas que están escritos en un idioma de principios y postulados generales al lenguaje específico de las estrategias de acción indispensables para que esas reformas produzcan los frutos deseados de crecimiento económico, generación de empleos y abatimiento de la pobreza.

En este sentido, felicito al Grupo Financiero Banorte por el diseño que le ha dado a este foro, ya que permitirá ir de las lecciones aprendidas en otros países del continente y de forma global, relatadas por sus protagonistas, a las respuestas específicas, incluso de carácter local, en tres vertientes decisivas: primero, la atracción de las inversiones; segundo, la construcción y operación de infraestructura y, por último pero no menos importante, cómo debemos preparar a nuestras ciudades para un futuro en el cual tanto la

competencia como las oportunidades y los retos serán globales.

Dada la variedad y riqueza de las participaciones previstas en este Foro, me limitaré en esta intervención a transmitir la visión del Banco de México acerca del entorno económico mundial, las perspectivas que podemos vislumbrar para el corto y mediano plazos, así como los desafíos que, prevemos, enfrentaremos en los próximos meses y años, tanto en materia de inflación como de crecimiento.

Las reformas estructurales que debe emprender México son necesarias por sí mismas; si a ello le sumamos que el entorno económico mundial muestra una gran debilidad y que esa atonía se extenderá, muy probablemente, varios años más, hacer las reformas estructurales adquiere un sentido de tarea urgente e inaplazable.

En efecto, el panorama para el corto y mediano plazo es que seguiremos experimentando una notoria debilidad de la demanda externa, lo que hace imperativa la búsqueda de más motores de crecimiento interno, estables y fuertes.

En lo que va de 2013 el comercio mundial ha mostrado una progresiva disminución lo que, a su vez, incide en una menor producción y un menor crecimiento económico. La

recuperación del dinamismo del comercio mundial a los niveles previos a la crisis no es, ni mucho menos, inminente.

Esta fragilidad del entorno externo no es uniforme; prevalecen diferencias importantes.

Como sabemos, la debilidad del crecimiento es más notoria en Europa, donde si bien por fin se registró un trimestre de crecimiento positivo en el producto, éste es magro y se trata de un promedio de toda la región, lo que disfraza la gran debilidad de algunas economías individuales de ese continente que son relevantes por sí mismas. Adicionalmente, los países de la Unión Monetaria continúan sin resolver el gran problema de compatibilizar una paridad única para todos los países de la Unión con las palmarias diferencias que se registran en sus balances fiscales, en su productividad y en la salud o debilidad de sus sistemas bancarios. Mientras este dilema no se resuelva es muy poco probable que Europa en su conjunto crezca a tasas suficientes como para impulsar, a través del comercio, el crecimiento de las economías emergentes.

A su vez, la disminución de los precios internacionales de los productos primarios está afectando, con mayor o menor intensidad, a varias economías emergentes. A ello se suma la

debilidad relativa que está experimentando la economía china después de varios años de un crecimiento acelerado en base a un modelo volcado a las exportaciones; China ha entrado a un proceso de reajuste de su modelo de crecimiento para darle mayor énfasis al avance de su economía interna. Ello significará un menor ritmo de crecimiento durante un periodo más o menos prolongado, independientemente del éxito o del fracaso relativos de dicha transición.

Por su parte, donde sí se ha iniciado la recuperación del crecimiento, pero de forma por demás incipiente y gradual, es en los Estados Unidos. Por la fuerte integración de la economía mexicana, especialmente de la industria manufacturera, con el dinamismo de la producción en los Estados Unidos esta recuperación sin duda es una buena noticia para México.

Es por esto, junto con la normalización en el ritmo de ejecución del gasto público y con la expectativa de los primeros efectos de las reformas estructurales, que el Banco de México mantuvo su previsión de crecimiento del PIB de nuestro país para 2014 en el intervalo de 3.2 a 4.2 por ciento, a pesar de que hemos ajustado a la baja la expectativa de crecimiento para 2013.

La recuperación del dinamismo en la economía de los Estados Unidos está siendo, como todos sabemos, mucho más lenta que en ocasiones anteriores. En gran parte esta debilidad se explica por la persistencia de un abultado déficit fiscal y, más aún, porque no se vislumbra un pronto acuerdo político entre el Ejecutivo y el Congreso en aquél país, para hacerle frente a ese desequilibrio fiscal. Sin duda, el severo problema fiscal en Estados Unidos gravita como una carga en contra del crecimiento, a pesar de que las familias y las empresas ya han ajustado sus respectivos balances.

La percepción por parte del sistema de bancos de la Reserva Federal de una recuperación, así sea moderada, del crecimiento y del empleo se ha traducido en la previsión de que, en este segundo semestre, la propia Reserva Federal podría empezar a reducir el ritmo de compra de activos, es decir: podría atemperar de forma gradual su política monetaria extraordinariamente laxa. Esta percepción generó recientemente en los mercados financieros incrementos en las primas de riesgo y, por ende, en las tasas de interés de mediano y largo plazos, lo que, a su vez, provocó una gran volatilidad en los mercados financieros internacionales y un conato de reversión de los flujos de capitales que estaban llegando a los mercados emergentes, lo que a la postre se

tradujo también en ajustes notorios en los tipos de cambio de dichas economías frente al dólar.

La paradoja respecto de este episodio de intensa volatilidad, para el caso de México, es que la previsión de una relativamente cercana recuperación del dinamismo en la economía estadounidense es para nosotros una buena noticia si consideramos la estrecha vinculación entre nuestra economía y la de los Estados Unidos.

Además, si bien todos los mercados emergentes se vieron afectados por el episodio de volatilidad, el impacto en México ha sido relativamente menor, al igual que en otras economías que también tienen sólidos fundamentos macroeconómicos. De hecho, los ajustes en los mercados cambiarios y de renta fija nacionales se han dado de manera ordenada.

Esta resistencia de la economía mexicana frente a los episodios de turbulencia y volatilidad en los mercados internacionales se explica por la persistencia de políticas fiscales y monetarias responsables, así como por la particular fortaleza y solidez del sistema bancario en México.

De hecho, y específicamente en lo que se refiere a la política monetaria, en lo que va del siglo XXI se ha fortalecido el círculo virtuoso entre el proceso de formación de precios y el

anclaje de expectativas de inflación, las cuales cada vez se ven menos afectadas por los ajustes en precios relativos, como es el caso de las alzas transitorias en los precios de algunos bienes agropecuarios, ocasionadas por alteraciones en la oferta de los mismos.

Esto quedó demostrado una vez más con el rápido regreso de la cifra de inflación general al intervalo de 3 a 4 por ciento, después de las alzas registradas a fines del primer trimestre de este año.

Este panorama de la economía mundial nos confirma que, lamentablemente, durante los próximos años es muy poco probable que la situación económica internacional mejore a tal grado que lleve a la economía mexicana a crecer por arriba del 4.2 por ciento anual (límite superior de la previsión de crecimiento para 2014), a menos que se consoliden exitosamente las reformas estructurales en el país.

Sin reformas no hay en el horizonte ningún factor que dinamice a la economía mexicana por arriba de ese 4.2 por ciento de crecimiento. Y ese nivel de crecimiento, ya lo sabemos, es insuficiente a todas luces para reducir la tasa de desempleo a niveles comparables a los previos a la crisis global, para crear empleos mejor remunerados, para

incentivar la incorporación de más mexicanos a la economía formal y para abatir la pobreza de forma acelerada y sostenible.

Sólo con las reformas estructurales México podrá llevar el crecimiento de su PIB potencial por arriba del 5 por ciento en el mediano plazo.

Por todo esto un evento como el Foro que estamos inaugurando resulta particularmente relevante. La ventana de oportunidad para que México logre ese salto cualitativo en su desarrollo estará abierta poco tiempo y todos, en el ámbito que nos corresponde, debemos poner manos a la obra para que esta oportunidad única sea aprovechada en todo su potencial.

Muchas gracias.